

KATHERINE MANSFIELD

Por SAMUEL SYRO

Continuadora de esa ilustre tradición femenina de las letras inglesas, en donde han figurado escritoras de la magnitud de Jane Austen, Margaret Kennedy, George Eliot y Virginia Wolf, Katherine Mansfield es la autora de una obra que no obstante su brevedad, ha conquistado ya un prestigio casi universal y producido una influencia considerable. Sus libros hermosísimos, que apenas ahora empiezan a ser conocidos en lengua castellana, contienen el mensaje de un alma nacida exclusivamente para el arte, en quien los sufrimientos y contrariedades de la existencia, se transformaron en medios de incesante perfeccionamiento y plenitud espiritual. De este modo, la obra de esta escritora parece llegar hoy hasta nosotros, como un poderoso himno de amor infinito por todas las cosas de la vida, como una cordial invitación hacia la búsqueda de los más auténticos y verdaderos valores de la existencia, sin los cuales no es posible conocer ese ser íntimo y armonioso del mundo, que parece unirnos continuamente a Dios.

Nunca es posible imaginar más adecuadamente a Katherine Mansfield, sino en su cálida Isla de Nueva Zelandia —lugar de su nacimiento—, rodeada de aquellas vastas extensiones de tierras vírgenes, en donde lentamente había de construir el pequeño universo de su arte. Allí, en la vieja mansión familiar, mientras el mar hacía fluir su interminable letanía de tristezas, empezó su corazón a cantar. Desde un principio todas las cosas parecieron hablarle de una vida floreciente y maravillosa; pero también de algo profundamente triste, de algo que llegaría en forma fatal, irrevocable. Ni en un solo instante podía apartar de su mente, el pensamiento de que en un día cualquiera, sus ojos ya no verían más aquel firmamento tan azul, ni el milagro de las flores al deshojarse, ni el pálido rostro de las tardes de otoño. Y su alma vivía así, en el continuo dolor de esta espera, sintiendo cada vez más intensa, más amorosamente, la fugacidad de su contacto con la tierra y con la vida, la nostalgia de los días

que pasan, la amargura de las ilusiones y de los sueños que se desvanecen y se olvidan.

El diario y la correspondencia de Katherine hacen frecuentemente alusión a las ansiedades y preocupaciones metafísicas, que desde la infancia caracterizaron su vida. Ella misma nos relatará después, cómo en medio de aquella desolación y desconcierto que presentía en su destino, únicamente el arte pudo surgir ante su mente, como la más alta justificación de la existencia. Algo le murmuraba en su interior, que sólo mediante él, podría elevarse siempre por encima del tiempo y del espacio, sólo mediante él podría prolongar indefinidamente ese tenue hilo de la vida, para descubrir la oculta belleza del mundo, su misterioso ritmo imperceptible.

En esta forma, arte y vida, fueron así en Katherine Mansfield, como en Flaubert y Proust, una sola realidad inseparable, un solo clamor de verdad y un continuo ascenso hacia el bien y la perfección. Por eso, cuando su espíritu se hundía en ese abismo fecundo de la creación estética, comprendía que una inusitada sensación de plenitud, la hacía renacer a la vida y le hablaba en un idioma colmado de maravillosas imágenes. Y cuando esto acontecía, hasta las cosas más insignificantes adquirían una extraordinaria vida propia, hasta la misma sangre se hacía más delgada y fina, y se sentía correr mucho más cálida y libre. De este modo, el arte traía hasta ella, toda la armonía de un mundo lejano, en donde las cosas y los seres se descubrían a sus ojos, en su esencia permanente y eterna, y en donde aún el tiempo parecía detenerse, para fijar de manera más indeleble el recuerdo.

Después de aquellas primeras experiencias, la vocación artística de Katherine Mansfield, quedó definitivamente consumada. A partir de entonces, nada pudo detenerla, en su anhelo de reflejar aquel ideal de belleza, que por todas partes presentía. Y así su arte, en un anhelo insaciable de escapar siempre de las normas inflexibles del tiempo, de las leyes inalterables de la causalidad, regresará en todo instante hacia el pasado. Cada una de sus páginas estará impregnada con este encanto indefinible de los días que fueron, de las cosas que se aman una sola vez y nunca pueden olvidarse. En cada uno de sus brevísimos relatos, estarán siempre presentes, las huellas imborrables de una patria perdida, la tristeza de algo que ha huído transitoriamente del alma. Como al influjo de una antigua melodía casi olvidada, resucitarán una vez más esos años serenos de su vida pa-

sada, con los mismos días azules y claros, con las mismas selvas desoladas y llenas de misterio. De nuevo podrá percibir la dulce Katherine, el ruido de las olas al deslizarse por las arenas de la bahía, el perfume vaporoso de los árboles en la cercana floresta, la caricia del agua sobre su fina piel morena y las primeras conmociones sentimentales de un amor tal vez imposible.

Al volver Katherine Mansfield hacia estos sucesos del pasado, anhelaba que su arte expresara siempre su concepción de la forma como amaba la vida. Sólo en la evocación encontraba aquella forma y aquel sentido evanescente del mundo, que la hacían amar la existencia, por el mero placer de descubrir a cada paso secretos ignorados y por el encanto de esperar constantemente una infinita felicidad, jamás realizada. Por eso, al reconstruir el mundo lejano de su juventud, era cuando verdaderamente experimentaba la sensación de una vida plena y maravillosa. Como en un trasmundo de ilusión, adivinaba el ser de las cosas, en sus más íntimas significaciones espirituales. Aún las distintas emociones que habían agitado su alma tiempo antes, volvían a renacer con una vida más pura, animada y profunda, bajo el estímulo cordial y encantado del recuerdo.

Pero esta indefinible belleza, advertida en cada una de las páginas de Katherine Mansfield, proviene no sólo del hondo poder evocador de su estilo, sino también de un perfecto realismo poético, de una técnica peculiar para adaptar los diversos materiales de la naturaleza, al mundo personalísimo de su estética. Con un perfecto dominio de las perspectivas del arte, su lenguaje rechazaba siempre esas imágenes, que apenas podían captar un aspecto de la realidad o reflejar calidades puramente temporales y accesorias. Por el contrario, aquellos matices esenciales y perdurables de las cosas encontraban en su arte su verdadera forma, su más amplia significación.

Así, pues, acorde siempre con sus propias concepciones del arte y de la vida, Katherine Mansfield es la creadora de una obra singularmente bella, llena de claridad, de poesía y de emoción. Encerrada en ese inefable mundo interior de sus recuerdos, desde donde todo se le aparecía en su más secreto fondo de verdad y de encanto poético, pudo escribir la propia historia de su vida, en libros de la más pura belleza y armonía (1).

Samuel Syro

(1) Obras de Katherine Mansfield: "Bliss", "En La Bahía", "La Fiesta en el Jardín", "En una Pensión Alemana", "The Doll's House".

LA FILOSOFIA DE KANT Y LAS CONCLUSIONES JURIDICAS DE SU CRITICISMO

Por TOMAS LOMBO

La distinción indemostrada e indemostrable que Kant establece entre razón teórica, totalmente incapaz de conocer lo absoluto, y razón práctica, maravillosamente iluminada y capaz de comprenderlo todo, le llevó a construir un sistema en que lo característico es la inversión de los valores metafísicos.

Antes de él, la filosofía del buen sentido consideraba que el entendimiento, girando en torno de las cosas, debía acomodarse a sus leyes, para poderlas conocer. Pero él afirmó todo lo contrario, que las cosas, la naturaleza toda, debía girar en torno del entendimiento, para que fueran verdaderas. Así, espacio y tiempo resultaron simples categorías de la estética trascendental, sin existencia real ninguna, porque todo cuanto hay fuera del entendimiento es pura apariencia. Y aún más, la cantidad, la calidad, el modo y la relación no son, en este sistema, sino formas, condiciones del entendimiento a las cuales nada corresponde en la realidad. Tampoco podemos afirmar valor objetivo respecto de la causalidad, que es el presupuesto de toda experimentación y toda observación. En una palabra, la metafísica kantiana es sólo negación: no existe el mundo, o a lo sumo es una apariencia; no podemos afirmar la existencia de nuestro espíritu, porque, en cuanto número, lo ignoramos por completo. Tampoco podemos afirmar que Dios exista, porque toda respuesta será contradictoria. Esto es lo que denominan los filósofos el escepticismo fenomenista idealista.

Pero toda esta ruina y desolación ocasionada por la crítica racionalista se va a trocar, como por encanto, sin saberse por qué ni poderse indagar la razón, en un soberbio edificio de lógica arquitectura, mediante la crítica de la razón práctica. Al salir del terreno de la metafísica, en que todo es noche oscura, y al asomarnos al domi-